

Es emocionante y placentero estar hoy aquí para agradecer el premio que he recibido, ante tan distinguidos representantes del Instituto Panamericano de Geografía e Historia en esta Asamblea General, investigadores de larga trayectoria y autoridades que en los países que conforman esta meritoria institución promueven la creación y difusión de conocimiento en la Historia, la Geografía, la Cartografía y la Geofísica.

Y considerando estas disciplinas, con tantas posibilidades de áreas de estudio, no puedo sino sentir alegría y satisfacción porque dicho Instituto valore y fomente los estudios sobre la Historia Colonial, que, creo yo, son fundantes en la comprensión de la complejidad y riqueza de la América multiétnica y multicultural que vemos hoy, y que hunde sus raíces en su pasado indígena y colonial.

Ser premiado por esta Institución, es verdaderamente un orgullo, tomando en cuenta su octogenaria trayectoria, y los valiosos frutos que ha dado. No me queda más que agradecer, sabiendo lo difícil que ha sido y es, ser reconocido como integrante de este extraño mundo del saber histórico. Extraño, porque, por desgracia, el pragmatismo de hoy, la inmediatez, el presente, parecen valer más que el largo cuerpo de la Historia, ignorando que sin ella, tanto el presente como el futuro, no son sino tramos sueltos, sin la concatenación en el tiempo que hace posible la conciencia de la identidad.

Pero que el premio se llame "Silvio Zavala" me llena de emoción. Su nombre está asociado al génesis de mi vocación americanista, porque aprendí a descubrir América cuando fui alumna en la cátedra de Historia de América Colonial. En ella, nuestro profesor nos abrió esos horizontes con los ya clásicos libros "Estudios Indianos" o "Filosofía Política de la Conquista" del célebre historiador mexicano. Recibir este premio, para una historiadora chilena de las nuevas generaciones, es verdaderamente un reconocimiento que llevaré en lo más profundo de mi ser, y estímulo para seguir cultivando la Historia de nuestra América. Si algún mérito ha visto en mí el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, es gracias a ese profesor.

De los estudios jurídicos de la conquista y colonización, y de la encomienda indiana de las regiones nucleares, estudiados por Silvio Zavala, se me abrieron nuevos espacios, esta vez hacia las fronteras, inspirada también en los estudios sobre la frontera norte de la Nueva España, los más recientes del historiador norteamericano David Weber, o los ya clásicos del chileno Sergio Villalobos, lo que me permitió abordar la desconocida frontera huilliche, al sur de Chile, desatendida y opacada hasta ahora por la más conocida y estudiada frontera mapuche o araucana.

El libro que ha sido premiado es el fruto de mi tesis doctoral, inscrita en el Departamento de Historia de América de la Universidad de Sevilla, desarrollada entre los años 2002 y 2006, bajo la dirección del Dr. Luis Navarro García, a quien manifiesto mi más profunda gratitud. Él, investigador de la frontera del Norte de la Nueva España, supo iluminar mi interés por la frontera geográficamente opuesta, el margen más austral del Imperio Español en América.

La investigación se centra en el estudio de la interacción hispano-huilliche de los siglos XVII y XVIII, los tipos fronterizos que se van perfilando en aquellos lluviosos paisajes al sur del río Toltén hasta el archipiélago de Chiloé, territorio estrechado entre las poderosas formas del macizo andino y el océano Pacífico, y cortado por numerosos ríos que dividen naturalmente el territorio en sentido horizontal, de cordillera a mar. El paisaje es el más hermoso de Chile, y corresponde hoy a la Región de los Ríos y a la Región de Los Lagos. Estas regiones, que hoy tienen como cabeceras las verdes ciudades de Valdivia, fluvial, la mediterránea Osorno, Puerto Montt, marítima, y Castro, insular, son nuevas y distintas de Chile Central o Chile Histórico. De su carácter de frontera de guerra, frontera geográfica y frontera geopolítica en los siglos coloniales, deriva a país vertebrado a fines del siglo XVIII para abrirse a la colonización europea del XIX, y es hoy una porción de país de población heterogénea y pujante en el contexto nacional.

Pero siento que, el grado de doctor que obtuve hace 4 años con este libro, debo llenarlo de contenido. Por eso me dedico con pasión a la investigación, pero también creo que el contenido del

grado debo llenarlo con docencia de calidad, y así espero estar haciéndolo, en el pre y post grado del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, en Chile.

Quiero agradecer hoy la dedicación e interés del historiador Mateo Martinic, Premio Nacional de Historia, por sus sugerencias y comentarios al texto, y por finalmente prologar este libro.

Con reconocimiento menciono a las dos instituciones que por medio de una beca hicieron posible mis estudios de doctorado en aquella hermosa ciudad que es Sevilla: el Ministerio de Planificación, Gobierno de Chile, a través de la Beca "Presidente de la República", y a la Dirección de Perfeccionamiento Académico de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.

Presenté mi libro a este concurso por sugerencia del Director de la Academia Chilena de la Historia, el Dr. Juan Ricardo Couyoumdjiam, por lo que manifiesto a él mis más sincera gratitud, la misma que siento por el Sr. Atilio Bustos, Director del Sistema de Bibliotecas de mi Universidad, quien no sólo apoyó esta postulación y concretó el envío de los ejemplares, sino que, hace un año y medio ya, hizo posible la publicación de este libro, en una coedición entre la PUCV y el Centro de Estudios Diego Barros Arana, de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, que alberga el Ministerio de Educación. Agradezco también, sentidamente, al director de dicho Centro de Estudios, que actuó como editor, el Dr. Rafael Sagredo.

Por último, nada me resulta más emocionante que hoy me acompañen mis afectos y amistades mexicanas, todos historiadores, ¿será casual? Gracias Huemac, gracias también a Gerardo Martínez.

Señoras y señores. Sólo puedo dar gracias a esta Institución que se ha dignado a reconocer mi investigación, esperanzada quizá en que yo pueda seguir aportando algo. Y lo haré desde mi propio saber, la Historia, pero con orgullo de venir de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, porque, no sé por qué extraña razón, siempre estamos subrayando la pertenencia a nuestra *alma mater*. La Universidad Católica de Valparaíso fue y es mi casa espiritual desde que ingresé a ella, hace 20 años, a limar mis asperezas, a iluminar mi existencia y a descubrir los caminos del progreso interior. Por allí, por los campos de la cultura y la reflexión histórica he estado transitando y por eso me hallo hoy aquí, viniendo desde Chile, el borde mismo de la Cultura Occidental. Por eso - y así lo entenderán los que me conocen - puedo decir que el reconocimiento a este libro es, en primer lugar, un tributo a la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso y a mi país, que tanto quiero.

Este premio va dedicado, como todos mis modestos logros académicos, a mi papá, que me espera en Chile, el historiador Rodolfo Urbina Burgos.

Muchas gracias